

Juegos Florales
1983

A Lajas en su Centenario

RECOPIADO POR
Lupercio Lluch Figueroa

Editorial Yo Soy Lajas.Org

Cuentos y Poemas
Juegos Florales de Lajas 1983

Recopilado por
Lupercio Lluch Figueroa

Esta publicación es
propiedad intelectual de
Editorial Yo Soy Lajas.
Todos los derechos reservados.
Tiene permiso para citar
pequeños segmentos,
siempre y cuando
ofrezca el crédito
correspondiente.

© 2012

Primera edición
Mayo 1983
Segunda edición
Diciembre 2012
Segunda edición digital
Diciembre 2012

Editorial Yo Soy Lajas
PO Box 594
Lajas, Puerto Rico 00667
<http://www.editorialyosoylajas.org>

Cuentos y Poemas

Juegos Florales de Lajas 1983

Recopilación por
Lupercio Lluch Figueroa

Presentación

Sentimos gran orgullo y placer al presentar a ustedes estas doce selecciones premiadas en el Certamen de los Juegos Florales de 1983, celebrado en este pueblo de Lajas con motivo de su Centenario (1883-1983.)

Conozcamos las personalidades que engalanan nuestro mundo literario, a las que les rendimos hoy honor y tributo. Otros valores lajeños -con grandes probabilidades de triunfo- no participaron, privándonos así de sus aportaciones. En otra ocasión será.

Felicitamos a todos y les decimos: "Les bendiga Dios".

Y, quedando para la posteridad, damos este documento, hoy, 1ro. de julio del Año de Nuestro Señor del 1983, Año Centenario, en esta Ciudad Cardenalicia de Lajas, Puerto Rico.

Firman:

Sarah E. Sepúlveda de Ramírez
Presidenta
Comité de Actividades

Walter Vélez Ramírez
Alcalde
Municipio de Lajas

Aida E. Báez
Presidenta
Centro Cultural

Agradecimiento

Damos las gracias a siguientes distinguidas personalidades, miembros del Jurado del Certamen de los Juegos Florales de 1983 celebrado en este pueblo de Lajas con motivo de su Centenario (1883-1983)

Profesora Vicenta Fernández Naranjo,
Presidenta
Profesor Luis Manuel Moya
Doctora Elercia Jorge
Profesora Wilda Acosta de Mayo
Profesor Rafael Abréu Wolmar

Gracias, además, a los donantes de los premios.

Contenido

Cuentos

Primer Premio

La Última Víctima 10

Segundo Premio

Así Somos 17

Tercer Premio

El Barón del Cementerio 21

Mención Honorífica

La Hija Perdida 25

Mención Honorífica

Descubrimiento 29

Poesía

Primer Premio

Tríptico al Centenario 35

Segundo Premio

Donde Buscar a Dios 41

Tercer Premio

Centenario de Lajas 43

Mención Honorífica

Amigo 45

Mención Honorífica

Hermetismo 47

Mención Honorífica

Personajes Típicos 49

Mención Honorífica

La Parguera 51

Primer Premio
La Última Víctima
DE ANTONIO PAGÁN JUSINO

La noche es interminable. Nssh... Se me llena el pecho de un aire denso, el cual aspiro hasta sentir que se me hinchan los pulmones y luego, suspendida por un momento la inspiración en su clímax, jhhh... dejó escapar la bocanada de aire caliente en nervioso sollozo.

Debe ser medianoche o poco más. Me he pasado velándome el sueño, cavilando, hilando pensamientos como cuentas de un rosario. A ratos, cuando ya voy a quedarme dormido, despierto sobresaltado con el corazón exasperado en tumbos. Cada vez siento que se me hace más dificultosa la respiración, que me estrangulan unos dedos intangibles. El silencio de la noche de pronto se ha rasgado con el cantar presagioso de las gallinas en el árbol de acacia. "Las gallinas se alborotan en las noches cuando ven seres del otro mundo", recuerdo haberle oído decir alguna vez a mi abuela desde el fondo de sus tinieblas. Ahora también oigo ruidos dentro de la casa, como si la madera se estuviera desperezándose o quejándose del tiempo. Yo permanezco inmóvil en la cama, con los ojos abiertos a la oscuridad. Veo una luz tenue que cruza lentamente el cuarto.

— Si me levanto y enciendo la linterna, mi madre me preguntará:

— ¿Qué haces levantado a estas horas?

Y yo no sabría qué contestarle y para salir del paso le respondería que no se, que estoy desvelado. Pero si acaso me aventurase a darle una respuesta más fiel a los motivos de mi desvelo siento que la muerte está merodeando y no puedo descuidarme

no me comprendería y hasta llegaría a pensar que he regresado loco. Pero la muerte ha estado muy cerca de mí y quien sabe si se me ha enroscado en el cuello como una ineludible serpiente. No. Es mejor permanecer inmóvil, aunque ya casi no resisto el fuego en mi espalda. Mi madre respira pausadamente; su sueño debe ser profundo. Temo que si me muevo los muelles del colchón habrán de despertarla con su estridente chirrido. Aún veo la luz que atraviesa de un lado a otro el cuarto y de pronto comienza a volar en círculos. Ya siento que me arden los ojos de tanto velar. Tengo que tratar de quedarme dormido. Quizá repitiéndolo muchas veces en el pensamiento lo logre.

Pero es inútil. El horror cunde mi mente; mi cabeza es la guarida de todas las aberraciones del mundo, un aprisco que resguarda una enorme partida de bestias feroces que golpean con sus cascos las paredes de mi conciencia. Pienso, veo tantas cosas...

En mala hora desfila ante los ojos de mi conciencia la imagen de Carlos Juan. Lo veo tendido sobre la tierra, su cuerpo desarticulado como un fardo lleno de piedras, supeditando su ametralladora. Veo aquel manantial cuya linfa escarlata manaba incontenible de su cuello, sus ojos blancos, y su boca con los dientes apretados, remedando una cremallera cerrada. Me toco el pecho, ahí está el medallón que el me regaló en aquellos días en que nos conocimos para sellar la amistad incipiente. Éramos dos compueblanos que esperamos a conocernos en el tablado de una guerra. Aquella bala que le interesó el cuello... Ahora pienso cosas que uno por creer tan nimias, nunca analiza: de que lugar de la tierra extraerían aquel plomo, qué manos lo harían proyectil, qué manos lo arrojarían...

André's me había dicho , yo creo que no regreso a Puertoorro. Me daría pena por mi Vieja. Tú sabes como sufren ellas. Y por Carmen, que también me espera para casarnos, aunque lo de ella tendría remedio.

Hoy Carlos Juan Rodríguez o el nombre de quien fuera se encuentra en mitad de pared de un edificio que hace esquina en una de las calles de su pueblo porque a él correspondió el "honor" de ser el primero de nuestro pueblo en caer en el tablado de esa guerra remota cuyos tentáculos aniquiladores han diezmado tanta gente. Yo, para qué ocultarlo, he deseado tantas veces haber muerto como él para figurar en cualquier esquina.

En este momento seguro que como consecuencia de los que han desfilado ya me viene a la memoria el recuerdo (reciente aún, tan reciente que me estremece la carne) patético de su padre, a quien he visto arrastrar su escuálida osamenta que ya clama por el llamado de la huesa. Siento como si aquellos dos huesos salientes de sus codos ausentes de carne estuvieran asestándose estocadas en los costados. Y recuerdo al viejécito en contraposición con aquel retrato que Carlos Juan alguna vez me enseñara de don Carlos, entonces hombre rechoncho y de muy buen humor, según su propio hijo había descrito.

Ayer quise presentarme ante el viejo sin que él se percatase de que yo fui compañero de su hijo, para no reverdecerle la tristeza que seguramente lo agobiaría. Lo encontré en la posición que Pedreira, aquel prejuiciado escritor nuestro, le atribuye al puertorriqueño: ñangotado, sus brazos descansando sobre las rodillas, arrancando unos yerbajos que crecían cerca de la escalera de su casita de madera. Al notar que yo lo contemplaba desde el camino, ya puesto de pie, con voz casi imperceptible, inquirió:

— ¿Qué se le ofrece, amigo?

Y yo, sorprendido por la imprevisión de aquella simple pregunta, le respondí que me había detenido un momento para mirar cómo arrancaba aquellas hierbas. Qué tontería, pero no discurrí nada que fuese más genial.

— Entre pa' cá invitándome con su mano a entrar , que yo aquí estoy muy solo.

Pronto me di cuenta que aquel hombre estaba inmerso en la más absoluta soledad, olvidado por todo el mundo, similar a los campos cuando son barridos por el fuego de metralla. Me dijo:

— Estas son las entretenciones mías. A veces se me van las horas muertas viendo pelear por la hembra a un par de lagartijos.

Mientras se quejaba del olvido de la gente, me habló de la compañera que se. había marchado daba la impresión de que hablaba de un viaje con regreso , y la voz comenzó a flaquear como si atravesara por un camino pedregoso cuando me dijo:

— Yo tuve un hijo, el único ¿sabe usted?, así mismo como usted, de su mismo talante que Dios guarde y bendiga, más o menos de su edad.

El viejo estuvo sin hablar algún tiempo, mirándome estático, como envuelto en un aura de eternidad, sus ojos húmedos, y con un ligero temblor en sus mandíbulas.

— Esos desgraciaos se quedaron con mi hijo y me mandaron diez mil pesos, pero mi muchacho no tenía precio. Yo, sabrá usted, no quise quemarme las manos con aquel dinero. Pero ya con lo que me queda...

Aquí el viejo le dio un matiz premonitorio a sus días por existir. Luego me alejé sin que él supiera los motivos que me impulsaron hasta su casa, aunque le prometí volver pronto para conversar largo y tendido. Pero ya no quiero pensar más en esto, que sólo he conseguido revolver aún más mis ya muy arremolinados pensamientos. Siento que mi madre

se revuelve en su cama. Ahora debo aprovechar y levantarme, debe estar despierta. Pero no, vuelvo a sentirla respirando apaciblemente. Haré esfuerzos para no despertarla, entonces.

Hace tres noches, recuerdo que hace justamente tres noches, casi se volvió loca al verme llegar sin previo aviso. Luego me dijo que al escuchar los toques en la puerta y mi voz tuvo que hacer gran esfuerzo para convencerse de que no estaba soñando. Esta noche, aunque contra mis deseos, se ha empeñado en dormir en el mismo cuarto en que yo "duermo". Ya casi no resisto más estar en esta condición; siento deseos de irme a caminar, llegar hasta el pueblo, puede que haya alguien en la plaza a esta hora, algún borracho trasnochado. Aunque siento como si dos gotas de plomo estuvieran presionando mis párpados, y mis ojos se van hundiendo en las tinieblas del cuarto. La luz de la luciérnaga, que sigue su monótona ronda, ya se va apagando...

Andres se encontraba en cuclillas, escondido dentro de un tupido bosque que lo protegían de la vista del enemigo, con su arma frente a él, esperando el momento propicio para el ataque. Es tomado por sorpresa, todos le apuntan. Eran muchos, muchos... y empiezan a dispararle fuego de metralla. Le perforan el cuerpo, se mira los brazos que se le figuran cedazos. Hombres pequeños, de facciones borrosas, ojos oblicuos, de ademanes feroces; niños de cabellos erizados que portaban enormes carabinas; mujeres que cargaban dentro de su sexo bombas capaces de hacerla mil pedazos. Todos se le enciman; él indefenso, permanece con las rodillas hincadas en tierra asombrado de estar aún vivo, hasta que los ve retirarse luego de haberlo dejado muerto. De pronto se da cuenta que no eran muchos, sino, uno solo; su rifle, ¿dónde está su rifle? Se levanta tambaleando, la tierra tiembla fuerte, y se va tras el enemigo hasta darle alcance y lo derriba de un certero disparo y al verlo rodar por tierra lo remata con la culata, uno, dos, tres... mil golpes, hasta de-

jarlo exánime. Escucha unos gritos remotos.

... Ahora, sin saber cerno, me encuentro de pie, con este objeto de fuerte consistencia en mis manos. Le voy palpando con el tacto a todo lo largo, percibo que es redondo y llegando a un extremo tiene una abrupta curvatura. ¿Que hago con este bastón en mis manos? Pienso ahora en mi madre; no oigo su respiración. Todo es confuso; voy a encender la linterna, pero los pies no responden al mandato de la voluntad. Pero esta parálisis pasa pronto, es cuestión de esperar un momento...

...En la oscuridad busca a tientas la linterna. Tropezaba con una masa blanda, pegajosa. La palpa con sus manos y los dedos se le adhieren a las palmas. Aterrado, se lleva las manos a la nariz. Un grito seco y tajante se incrusta en el seno de la noche silenciosa:

— "¡Es sangre, es sangre!"

Segundo Premio

Así Somos

DE LUZ NEREIDA HERNÁNDEZ

Aquella tarde tornóse aún más triste para Samuel. Sentado frente a aquel mar inmenso y misterioso, que cada día parecíale retarle, se sentía extraño. ¡Era imponente el mar de la Parguera! Tenía algo diferente... aunque digan que el mar siempre es el mismo. Parecíale que en cada ola estaba escrita la historia de su vida.

Se crió allí, entre marullos y manglares. Viendo pasar las horas interminables, imaginándose que el mundo era como un lago fosforescente. ¡Cuan equivocado estaba, pues conoció muy temprano la desgracia que marca el ser humano!

Todavía le parece escuchar aquel doloroso diálogo... Sí, los recuerdos se agolpaban en su mente llena de mar y parecía que en su cabeza se formaba un verdadero vendaval.

Allí está el niño esperando.

— Debes ser prudente, no le digas nada.

— Mejor vamos a la casa y se lo decimos a Elsa.

— Sí, mejor vamos y nos llevamos al niño.

Por su mente no pasó ningún pensamiento malicioso, pues en aquel momento lo único que le preocupaba era ver llegar a su padre con la red llena de pescados. Era que la noche anterior le prometió que vería la pesca más grande de su vida.

Esperó en vano la llegada y cansado de esperar preguntó a los demás pescadores:

— ¿Dónde dejaron a mi padre?

— Viene luego, no ha terminado aún.

— Hijo, lo mejor que haces es llegarte a tu casa y esperar a tu padre allá, creo que va a llegar más tarde.

— Papá prometió enseñarme la pesca más abundante de su vida.

— Mañana la verás, ven que te vamos a llevar.

Se dejó llevar...No pensó, ni siquiera se resistió, y sintió que aquel día era más obediente que nunca. Las cosas de la vida son así, siempre hay armonía en los tristes sucesos...Al caminar volvió la vista al mar, aquellos manglares se empequeñecían a sus espaldas y fue en aquel momento que pasó un pensamiento que le torturaba día y noche...¿Sería acaso, el hombre, más fuerte que el mar? En su mente de niño muchas veces le pareció que sí, cuando escuchaba atónito las aventuras que aquellos hombres con orgullo, iban narrando día a día.

A veces pensaba que Tony exageraba, cuando con sus manos hacía gestos de grandeza de hombre y pequeñez de mar. Siguió a aquellos hombres tan familiares para él, y apenas musitó palabra alguna... Su mente estaba llena de mar, un mar inmenso, azul, confuso. Llegaron...Se sentó debajo del árbol de acacia, del cual hacía poco había colgado una hamaca. Cada vez que regresaba con su padre, éste se sentaba en la hamaca y él prefería la raíz gruesa, que una vez le pareció que era una figura que se le escapa a la tierra.

Suspiró profundamente y aún llevaba en su olfato el olor a salitre y mangle de la Parguera. De pronto se sobresaltó, le pareció oír un gemido desconsolador, volteó su rostro y vio a su madre...sí allí estaba ella...estática, gimiendo de dolor, aquel

dolor salobre que le destrozaba el alma y se la convertía en coral roto, en alga marina tambaleante ante la noticia, con dolor como mordida de tiburón. Y apenas miró a su madre comprendió lo que sucedía...no necesitaba de palabras para comprender que la tragedia y el manto negro arrojaba a su familia...Recordó que su padre le decía que él era un niño con mente de hombre...Que iba a ser el mejor pescador de la Parguera, porque él había aprendido a amar el mar, mirándolo nada más. Pero en aquel momento sintió que no, que jamás el mar le pareció tan cruel, tan destructor . .Acababa de arrebatarse el pedazo más grande de su corazón no, ya no admiraba el mar y odió más que nunca aquel momento y aquel mar inmenso... desafiante.

Los días que transcurrieron fueron de desesperada lucha entre la realidad y sus sentimientos...de pronto había comprendido que su padre había sido su mejor amigo. Se sentía solo y triste...todavía sentía bajar por sus mejillas aquellas lágrimas que lo convertían de pronto de niño a hombre...era como un pequeño río que de momento se convertía en mar.

Sin darse cuenta fue caminando lentamente, junto con su dolor y sin pensarlo se detuvo, allí estaba...con el aire azontándole el rostro, se dirigió al muelle y desde allí lo contempló sin parpadear... Seguía gustándole la lejanía del mar y comprendió que él no era el culpable, al fin y al cabo son cosas que suceden y que tenemos que aceptar, porque, así somos.

Tercer Premio
El Barón del Cementerio

DE LUPERCIO LLUCH FIGUEROA

Cuentan viejos pescadores de la Parguera, que hace mucho tiempo, en las cercanías de Puerto Viejo floreció un romance de amor muy desgraciado que terminó en un triste funeral. La niebla de los años no han podido borrar este relato.

Ella acababa de cumplir los 15 años y se llamaba Charitín. De sus ojos altivos y soñadores fluían fulgores de llamarada. El venía de una raza de humildes pescadores, que se ganaban la vida desafiando los embates del anchuroso mar. Lo apodaban Salvador el Veterano, porque a temprana edad enlistó en las fuerzas de la Guardia Nacional.

Toda la comarca sabía de sus amores. En las mañanas tranquilas y serenas salían a pasear por las orillas del puerto, para escuchar la suave melodía del viento, acariciando el manglar. En las tardes borrascosas se veían siempre juntos mirando las olas encrespadas batiendo en los cayos de la Margarita. Por las noches caminaban por atrechos solitarios hasta llegar a las Colinas de la Parguera. A lo lejos veían la imponente majestad del faro de Cabo Rojo lanzando en la oscuridad del mar, bocanadas de luz intermitente. En el silencio de una de esas noches estrelladas se juraron un amor eterno y que nada ni nadie los podría separar.

Con las luces de un nuevo día marcharon juntos a la Tienda Grande del pueblo donde compraron una preciosa cadena de oro con un medallón de la Virgen del Carmen, protectora de la gente del mar. Estaban muy contentos aunque habían gastado hasta el último centavo.

Al salir de la tienda una ancianita temblorosa les cortó el paso, pidiéndoles una limosna en el nom-

bre de Dios. Muy apenados le dijeron que perdonara, porque habían, gastado todo el dinero que tenían. Una llamarada de odio brotaba de los labios de la viejita mientras decía: Caiga sobre ustedes la maldición eterna del Barón del Cementerio.

Un silencio profundo envolvió a los enamorados. Salvador salió del abatimiento colgando del cuello de la amada aquella preciosa cadena de oro, y dijo: Somos cristianos,, fieles devotos de la Virgen del Carmen y no le vamos hacer caso a una maldición.

Regresaron llenos de gratas ilusiones, haciendo planes para un pronto matrimonio. Salvador presuroso corrió a la casa de sus padres para decirles del compromiso matrimonial.

El inmenso remolino de la vida, o quizás fuerzas extrañas desconocidas, empezaban a tender sus tentáculos. Encontró a sus padres llenos de una intensa melancolía, que siempre precede a la partida de los seres queridos y que muchas veces no vuelven jamás. Con el alma hecha jirones le entregaron un telegrama donde el ejército le daba 24 horas para reportarse al cuartel general, listo para partir en una misión secreta.

Al siguiente día tuvo lugar la amarga doliente despedida. La ausencia de Salvador sumió a Charitín en la desesperación. Su único consuelo era estar con los padres del amado ausente.

Pasaron los días y las semanas sin saberse de Salvador. Una obsesión delirante la torturaba. Le parecía escuchar la voz apagada y fría de la ancianita repitiendo aquella funesta maldición. Llena de presentimientos extraños corrió a la casa de los suegros y. les contó del maleficio que pesaba sobre ellos. Sobrecojidos por el pánico decidieron arrojar en las profundidades del mar, la cadena con el medallón.

Temprano en la mañana, sintiendo el frío silencioso de las aguas, bogaron hasta el Veril donde el mar es más profundo y solitario. Presa de grandes emociones, Charitín lanzó la cadena en el fuerte oleaje,

para que el mar se la tragara. Sus ojos se llenaron de espanto al ver la cadena flotando mar adentro, como si fuerzas extrañas la empujaran.

Regresaron más tranquilos, siguiendo los días en apacible calma. Al fin llegó lo inevitable. Por la aldea se comentaba la muerte de Salvador El Veterano, en los campos lejanos de batalla.

Charitín como una loca, gritando sin consuelo, llegó a la casa de los padres. El viejo lobo de mar, con los ojos llenos de Lágrimas le entregó un mensaje del Departamento de Guerra que decía: El cadáver de su hijo apareció flotando sobre las aguas de Corea. Sus restos mortales le serán entregados en la vieja capilla de la Parguera el sábado por la mañana. Un llanto largo y profundo hizo eco en la lejanía.

Con las primeras horas de la mañana, toda la gente del barrio, tristes y silenciosos, se pararon frente a la iglesia a esperar el cadáver. Un toque de campanas fúnebres anunció la entrada del féretro a la capilla. ¡Llegaba Salvador el Veterano que partió con el alma llena de ilusiones y regresaba en brazos de la muerte.

Con la escolta militar estaban, sus padres y prometida, haciendo la primera guardia de honor. Un capitán del ejército con una voz sentida anunció que se iba a destapar el ataúd por unos minutos para que todos pudieran ver el cadáver por última vez. Un grito de terror retumbó en las cuatro paredes del templo. Charitín cayó desplomada al piso, con los ojos fuera de sus órbitas... había visto en el cuello del amado aquella maldita cadena de oro con el medallón de la Virgen del Carmen.

¡Se había consumado la maldición eterna del Barón del Cementerio!

Mención Honorífica
La Hija Perdida
DE REINARDO MEDINA

Las fiestas del día anterior habían finalizado con el esplendor con que el pueblo las celebraba. Eran fiestas en honor a la Santísima Virgen de la Candelaria. Una cantidad de envolturas, papeles y otros desperdicios fue la observación que hicimos en el parque central. Para el patrullero González aquella escena por el parque no le era del todo desconocida; hacia cerca de cinco años que comprendía parte de su demarcación la ronda a diario por aquel lugar; nido de los enamorados.

Mientras caminaba, sintió el quejido de una criatura. Algo sorprendido, acercóse a un robusto árbol de pino; le rodeaba un banco de madera, para visitantes que buscaban disfrutar de la sombra, quietud e inspiración que éste le ofrecía. Notó que algo se movía debajo de aquel árbol; una niña de unos cinco o seis años de edad dormitaba acurrucadita sobre una perra realenga que le servía de compañera y daba calor a su cuerpo;... era la propia naturaleza, impedía que aquel fruto de su creación, fuese víctima de las inclemencias del tiempo.

El animal al ver acercarse al patrullero, mostró sus afilados colmillos en tono desafiante como tratando de protegerla, creyendo se trataba de un intruso que iba a hacerle daño. Un ademán del agente hizo que el animal se alejara.

Tomó en sus manos el cuerpo casi inerte de aquella criatura quien permanecía en el más profundo de los sueños. Inmediatamente, la condujo al hospital municipal. Al pasar por el pasillo hacia la sala de emergencia, una enfermera conducía en una camilla a una mujer que había sido operada de emer-

gencia; en la madrugada de ese día, fue herida de gravedad por un vehículo de motor que se dio a la fuga.

El médico al ver al agente con la niña en brazos, le pidió que la acostara en una camilla que tenía en su oficina. Preguntó al agente lo ocurrido y éste narró en breves palabras el hallazgo. Pidió al agente permaneciera fuera de la oficina por unos minutos para examinar a la niña.

Mientras tanto el agente González, se comunicó con el Cuartel General, informando dónde se encontraba y las circunstancias por las cuales se encontraba allí.

Minutos más tarde el médico llamó al agente. Este, ansioso por saber las condiciones de la niña exclamó:

— ¿Cómo está ella doc.?

— Un poco débil y asustada. Es necesario hospitalizarla por unos días hasta que se restablezca?

— Gracias a Dios, exclamó el agente, es una pobre criatura, pasaré a verla más tarde...

El agente González regresó al Cuartel e hizo un informe sobre lo ocurrido ese día. Al mismo tiempo se emitió un comunicado para localizar a los padres de la niña. Aunque parecía algo extraño en la vida de este agente, aquella criatura le había inspirado los deseos de adoptar un hijo.

Tenía quince años casado; eran quince años que los había dedicado a sus dos anhelos mayores, su trabajo como agente de la Policía y a su esposa querida. Un mal había afectado los órganos reproductivos de ésta; la cual no podía concebir los hijos.

Esa misma tarde después de haber terminado sus labores regresó al hospital. Se dirigió al cuarto número tres donde estaba la niña. Esta se encontraba

dormida. Una enfermera entró al cuarto con un vaso de leche tibia.

Aprovechando la ocasión, el agente le preguntó si había ingerido algún alimento

— Solo un vaso de leche y jugo, respondió la enfermera. Le señaló además que la niña se pasaba llamando a su mamá.

El agente la miraba; había sentido tanto afecto y cariño hacia la niña que tal parecían padre e hija. Un pensamiento aterrador de pronto vino a ocupar su mente. Si esa hija fuese de él, y estuviese en las circunstancias en que se hallaba.

Preocupado salió del hospital con destino al Cuartel. Al llegar indagó con el retén si se habían tenido noticias de los padres de la niña. La respuesta fue negativa. Decidió visitar algunos sectores de la comunidad cerca del sitio donde halló a la niña para ver si escuchaba algo, o tener alguna pista sobre ellos, pero todo resultó en vano. Un poco tarde en la noche y agotado, regresó a su casa.

Explicó a su esposa todo lo ocurrido ese día. Dos días más tarde al ver que la niña se restablecía, solicitó del médico del hospital trasladarla a su casa hasta que se resolviera aquel conflicto. Seis meses habían transcurrido y aquella criatura vino a llenar como mandato divino, un hueco más de felicidad en el hogar de la familia González.

No habiendo sido posible la localización de los padres, el agente González decidió consultar distintas entidades, tanto sociales como legales para adoptar la niña. Como parte de la documentación, era necesario una certificación médica, y quién mejor para ello que el mismo doctor que conocía el caso desde sus comienzos.

Inmediatamente le llamó a su oficina. El médico les citó para el día siguiente. Eran las diez de la mañana del otro día. El agente González, acompa-

ñado de su esposa y la niña, se encontraba en la oficina del médico. Después de un cambio de impresiones, el médico le hizo el correspondiente examen, entregándole su certificado.

Al salir de la oficina, los esposos González en compañía del médico, la niñita que estaba sostenida de la mano de la señora González, se le desprendió y corrió hacia una señora que se hallaba sentada en un sillón de ruedas, llamándola

— Mamá, Mamá

Una escena conmovedora que estremeció los cuerpos de aquellos personajes, se desarrolló en aquellos instantes. La señora que durante seis largos meses se encontraba enferma en ese hospital víctima de una parálisis cerebral, impulsada por un mandato divino, se levantó de aquella silla estrechando fuertemente en sus brazos el cuerpo de aquella criatura diciendo

— "Mi hija"... "Mi hija".

Mención Honorífica

Descubrimiento

POR DIANA TIRADO MORALES

Amanecía. El cielo estaba despertando entre su gris azulado y su azul oscuro. Los pájaros anunciaban la llegada del nuevo día y la luna negaba esconderse. La madrugada como de costumbre reflejaba la alegría del día y el rocío refrescaba el ambiente.

Don Juancho se encontraba sentado sobre su cama todavía soñoliento mirando por la ventana. En su interior pensaba, otro día más... que difícil se están poniendo las cosas. Mientras tanto, por la casa se difundía el olor a café que preparaba doña Consuelo. Afuera las gallinas cacareaban intranquilas en la puerta de la casa esperando por don Juancho a que les diera su alimento.

— Buenos días, Consuelo. Hoy me ganaste, te levantaste primero que yo.

— Es que no podía dormir, tenía ese dolor pegao en la boca del estomago que me traía loca. Juancho tomate ese traguito de café y vete échale el maíz a las gallinas que quieren tumbar la puerta.

Juancho se tomó el café sorbo a sorbo mientras miraba detenidamente lo que doña Consuelo hacía en la cocina. Luego, salió a buscar el alimento para las gallinas que se encontraba detrás de la casa en un pequeño ranchón. Por el camino, tendió su mirada hacia el horizonte y la mezcla de la luz del sol y los azules del cielo transformaban el amanecer en un espectáculo maravilloso. Se detuvo un instante y como inmóvil observó por primera vez un amanecer.

El revoloteo de las gallinas lo trajeron de nuevo

a sus quehaceres diarios. Durante la mañana don Juancho se dedicó a dar el alimento a los animales y a coger gandules de su pequeña finca. Doña Consuelo por su parte se encontraba cocinando y en sus ratos libres desgranaba gandules. Don Juancho, el pobre hombre que estaba entrado en bastantes años (recientemente había cumplido ochenta años) llega con su rostro cansado, entra al hogar y en esos momentos su mujer le recuerda que ese día tenía que ir al pueblo hacer compra. Día horrible sería para él, ya que, odiaba ir de compras. Come a la ligera su almuerzo y con el mismo ahínco que tuvo para trabajar en su finquita se prepara para ir al pueblo.

— Acuérdate llevarte la nota, no hagas como el mes pasado que dejaste la mitá de las cosas. Además quiero que me haga un favor, de camino al pueblo llévale esta docena de huevos a Carmelo que me los encargó los otro día.

— Mujer, los huevos los llevas tú otro día pues sabes lo difícil que se hace conseguir carro.

Entre peleas se viste y sale para el pueblo. Se para en la loma cerca de la carretera a esperar un carro público. Pasa el tiempo y no pasaba un dichoso carro, de pronto un auto se detiene y una voz de adentro dice:

— ¿Juancho pa dónde va?

— Pal pueblo mijo.

— Véngase que le voy a dar pon.

— Eh mijo, no te reconocí. ¿Cambiaste el carro?

— Si, fue que encontré un trabajito y enseguida

me compre este carro. Usté sabe que hoy día el que no tenga un carro está mal.

— Ya lo se. Es el dichoso adelanto que nos tiene así. Yo me acuerdo que en mis tiempos cuando yo me criaba y no había na desto teníamos que caminar a pie pa toas partes. El que podía, tenía su caballo que lo llevara.

—¿Ah! Pero usté está hablando de cuando éramos pobre y no había progreso. Ahora, hasta las máquinas hacen el trabajo de uno. Eso es lo que yo llamo adelanto. Fíjese que ya sabemos que la luna no es de queso. Usté no vio por la televisión cuando los atronauta llegaron a la luna.

— Bueno, Juancho estamos llegando al pueblo, donde lo dejo?

— Déjame aquí en la equina o donde se te haga ma fácil.

Don Juancho se baja del auto, da las gracias a su amigo y se dirige al supermecado. En el camino encuentra una congestión de automóviles que desesperan a cualquiera. Se le hace difícil cruzar la calle. Se detiene, su rostro muestra confusión. Es que en ese momento y en tal situación los años lo confunden. Todavía no se puede ajustar a esta vida tan ajorada. Su rostro refleja el aspecto de un niño, de un adulto, de un viejo senil que se compenentran para desorientarlo. En su interior va creciendo el temor, temor de niño viejo que le da inseguridad. Con mucha precaución y dificultad logra llegar al otro extremo de la calle medio perturbado, de esa manera llega al supermecado. Sorpresa para él fue la de encontrarse el supermecado repleto. Era día de especiales, momentos difíciles pasó el pobre hombre. Quizás hubiese preferido haber participa-

do en la guerra civil que tener que hacer la compra. Terminada la epopeya del supermercado se encuentra con el maratón de conseguir carro de vuelta a su casa. En los tiempos de antes no había que pasar por tantas agonías como éstas. La vida era más sencilla y llevadera, pensaba. Por fin, encuentra un carro público que antes de llevarlo a su casa le da una excursión por todo el pueblo y cuanto rincón encontraba.

De nuevo en su hogar se siente como si se hubiese quitado de encima por lo menos cincuenta libras de presión. Decide tirarse a descansar, y para ello enciende el televisor. Aparece el noticiero, pero no resistió las noticias macabras de todos los días y opta por apagarlo. Trata de descansar pero no puede. Hay algo dentro de él que no se lo permite. Ya era de noche cuando decide dar una vuelta por el campo pues tenía la necesidad de estar solo. Busca el lugar más apartado lejos de todo ruido y bullicio humano. Deseaba estar en contacto con la naturaleza. Difícil fue la tarea pero al fin consigue un sitio tranquilo y solitario donde las manos del hombre todavía no habían dañado la naturaleza. Se sienta sobre una gran piedra, mira a su alrededor, luego al cielo. Contempla el cielo embelesado, poco a poco su espíritu se va llenando de una paz nunca antes sentida. El cielo estaba estrellado, la luna era inmensa y alumbraba como si tuviera luz propia. Solo se escuchaba el cantar del coquí y el mujido de algún toro. Pensaba lo bello que era la naturaleza y rara vez se detenía a contemplarla, disfrutar de ella. Su vida estaba llena de angustia y no sabía el porque. Sentía que la tierra lo llamaba y el quería ser parte de ella. Ser parte de ese mundo maravilloso que estaba contemplando, ser árbol, río o flor. No quería ser luna aunque fuese inmensamente bella, quería renacer y que el sol lo vivificara. En esos momentos se asoma a sus ojos una lágrima que con el resplandor de la luna brilla como una estrella y

cae en la tierra. Fija su mirada hacia su hogar y camina lentamente.

Desaparece entre la espesura de los arboles.

Primer Premio
Tríptico al Centenario
DE LUIS L. PINTO

I
Salvando Distancia

Rogativas en la larga noche del silencio.
Pisadas bruscas en los peldaños de la tarde.
Opacidad en el omnipresente reloj del tiempo
que calcula austeramente las distancias
entre almas en penas trashumantes.

Al abrir los ojos percibo que todo se ha esfumado:
los rostros, las imágenes, una a una se deshacen.
Camino a tientas, sin ti, abandonado.
En suspenso busco la causa de mi tristeza infinita.
Ahora, en la soledad, ella y yo somos uno mismo,
indistinguibles, una misma cosa, en nada diferentes.

Entre la transparencia del silencio surge
una esperanza nueva para reiniciar la vida.
En alas de un brioso ensueño galopante
me transporto a espacios inmutables,
donde mi sentir brota desenfrenado, impetuoso
como la crecida quebrada del Mamey
que al buscar el cauce que la conduzca al prístino valle
abre caminos, serpentea campos y luego ya calmada
sacia la sed, recoge dolor, tristezas y quebrantos.

Mi pensamiento se sumerge en el vacío
buscando anhelante el refugio de mi infancia
en el silencio distante y mudo de las rocas
en los pasos del camino y en los copos de los árboles.

¡Como he querido petrificar ese tiempo ido;
Porque temo que me lo ahoguen las distancias.
Y al recordar ese ayer en ti vivido. Oh LAJAS,
en la ausencia mi querer se desagua en lágrimas.

II

Buceando En Mi Ayer

Recuerdo
el rumor dulce
que hacia la juguetona ola
al acariciar la rubicana
arena de mi rosada playa.

Recuerdo aquella calma de colinas onduladas
vistiendo ropajes de neblina en la mañana
y cuando ésta levantaba,
la esmeralda del aquerenciado valle
con el eterno azul de incontables espacios
coqueteaba.

Sueño con horizontes de zafra,
que el valle
en tumultuario alborozo celebraba.
Recuerdo crepusculares fragancias
en el tibio atardecer
con el aroma de ruda y albahaca perfumado.

Rememoro imágenes huidizas
de pitirres, reinitas y zorzales
que en la espesa y verde fronda
de la milenaria y reclinada ceiba de Cañitas
con la vista del paisaje se extasiaban.
Siento el constante martilleo

de evocaciones suaves en chavales sueños,
de libidinosas apetencias
que en las lejanas e inaccesibles zonas de la noche
ahogar al hombre en el niño insinuaban.

Por caminos alados de nostalgia me transporto
al dormido manglar de La Parguera
y lo encuentro arrullado
en brazos del rizomal umbrío
entre caracoles de agua luna dinamantes
del vientre azul de la luminiscente bahía.

Tu verde en mis pupilas
no madurará nunca,
ni aún cuando el verano impío de Maguayo
incinere de la Sierra Bermeja las pendientes.
Añoro siempre hondo en mi alma
el llanto suave de tu lluvia vespertina
y el despejado y nocturnal cielo
iluminado por el fulgor de estrellas diamantinas,
que hoy más que nunca esperan ansiosas
para iluminar la senda que tomarán tus hijos
en su regreso triunfal de sus múltiples destinos,
a la regia fiesta centenaria celebrar.

III

Retazos de Vigilia

Luciérnagas ávidas de espaciosos horizontes,
Garzas acosadas por la nostalgia mangleril.
Pájaros jadeantes en malabaristas ascensiones
escapan de tristes y serias realidades hacia
las transparentes e inmensas regiones del azul.
En el acantilado bermejo de la sierra

y en la imagen temblorosa del cristal de la laguna
vive sepultado un dolor profundo, cuyo eco alcanza
las profundidades ignotas, de la Cueva de las Cuevas
y se interna pausada y sigilosamente
en las recondieteces más profundas de mi ser.

Rabia en el recinto acuoso de la madre Madre,
dolor que anula el júbilo del Creador
por el deseo réprobo que consume a los hombres
de poseer o codiciar todo bien en derredor.

Nacemos a cada día más huérfanos de hermandad
y con la sangre y el alma rebosante de silencios
tranquilos, como los envenenados al agonizar.
Seguimos por la vida confundidos sin poder ya
descifrar el significado del sustantivo hermandad, ahora
confundido con palabras ajenas a su sentido original.

Palabras que han sido pilares milenarios,
en la vida tranquila y acendrada de esta comunidad
que se nutre histórica y místicamente en los
horcones de un pasado glorioso, fantástico y señorial
pierden día a día en su contexto popular
su portento religioso, humanístico y cultural.

En vuelo de amor, desprendido, y con el corazón
desgarrado vuelvo a ti en busca de consuelo
y de tu alivio maternal, iluminándome desde lejos
está un lucero argentado y virginal
que me guía por las sendas quiméricas del ensueño
adonde la fantasía, en juego me trae el
embriagante perfume que entornece a las núbiles
vestales que anualmente,
en estío, al lajeño valle descienden a celebran
en apoteósico júbilo su himeneo cadañal.

Desde esta imponente babel de acero
recibe, LAJAS, el saludo fraternal
del conglomerado multitudinario de naciones
que en tu día te ofrendan el reconocimiento universal.

Segundo Premio
Donde Buscar a Dios
DE FÉLIX LUGO NAZARIO

Dios esta al final del camino...

Si en el silencio de la noche
en el murmullo del viento escuchas su voz,
búscalo entre las sombras;
entre las oscuras sombras, allí estará Dios...

Si contemplando las azules olas del mar,
en las olas veloces escuchas su voz,
búscalo entre las apacibles;
entre las apacibles olas, allí estará Dios...

Si en el agua del río,
en la catarata gigante escuchas su voz,
búscalo en el remanso:
en el remanso del río, allí estará Dios...

Si en el firmamento infinito
al cruzar un cometa escuchas su voz,
búscalo entre las estrellas;
entre las brillantes estrellas, allí estará Dios...

Si cuando la Muerte vidrie tus ojos
en tu lecho mortuorio escuchas su voz,
búscalo en tu interior,
allí en tu corazón ya muerto, allí estará Dios...

Tercer Premio
Centenario de Lajas
DE ARTURO IRIZARRY PAGÁN

Todo es fragancia y belleza en tu primer centenario
Anclado en el mar del valle, te encuentras sofisticado
la cadena de montañas, como collar enlazado
el que de tu agua bebe, de tí queda enamorado.

Tu valle caña de azúcar, tus piñas de buen agrado
el mar que besa tus playas, como príncipe cansado
se postra en el arenal, en reverencia al pasado
las mujeres de mi Lajas, por el mundo se han paseado.

La Parguera como novia exhibe su lindo velo
el pintor que la embellece, la pinta con mucho celo
los mangles con sus raíces, los comparo con tu pelo
el espejo en que te miras está fijado en el cielo.

Los encajes de tu traje, son los botes y veleros
las aves que van volando, son las capias de tu anhelo,
las olas de espuma blanca, son el hilo de tú velo
azul color de tus ojos, que se pinta con el cielo.

El valle forma tu cuna, agarrado a la montaña
el canal del riego besa y tu suelo alegre baña
Alfombra de cañaveral, es producto de tu entraña
tu cielo, tu mar, el valle, vivió en los tiempos de
España.

La bahía fosforescente, forma tremendo escenario
las estrellas de tú cielo, como ovejas al calvario
tú sol candente brillante, con la furia de un corsario
Lajas, mi pueblo querido, que goces tú Centenario.

Mención Honorífica
Amigo
DE LUZ NEREIDA HERNÁNDEZ

Llévame de tu mano por el camino de la vida,
no permitas que la codicia me maldiga,
ni que me sienta sola en mi agonía,
y no dejes que me manche la perfidia.

Acompáñame en mis noches de vigilia,
en mis andares difíciles...
y en mis andares fáciles.
Permite que seas tu quien me sonría,
acompañame en el claro día...
sígueme en la tarde oscura...y
lléname de tu ternura.

No dejes que me ahogue
en las agrias aguas del pozo de la vida,
lléname de tu inquietud
y perfúmame con tu bondad sublime.

Sácame de la maldad del mundo
envuélveme en las sencillez de tu amistad,
acompañame hoy, mañana y siempre...
acompañame en la eternidad.

Mención Honorífica
Hermetismo
DE ANTONIO PAGÁN JUSINO

Con mis dedos erigidos
sobre mis labios herméticos,
como torres de silencio,
iré callando tantas cosas.

Me haré frío y oscuro
como el interior de una cerrada tumba,
haré de un estremecimiento puro
un eco que no retumba.
En mi jardín se marchitarán las rosas
que por Ella habían florecido;
morirá aquella encendida quimera,
miraré indiferente las cosas.
Y cuando se marche el otoño
y se instale la primavera
no habrá un pájaro siquiera
que la nombre en su canto
mientras haga su nido.
Pasará un día y otro y otro...
Todos serán iguales.
Correrán silenciosos los manantiales
que inundaron los cauces
de sus claros ojos.

Y para no olvidarla seguiré abriendo
una página de un libro que guarda
la almohadilla que un día lo lleno de su olor.

Y aunque ya haya escapado
con el tiempo peregrino el perfume,
tal vez no lo haya acompañado
en la fuga mi amor.

O quizá quede el recuerdo del perfume
de mis rosas muertas,
de algo que no nos une
ante las páginas abiertas.

Entonces cerraré el paso
a cualquier estremecimiento poético
ante nuevas rosas.

Y con mis dedos erigidos
sobre mis labios herméticos,
como torres de silencio,
iré callando tantas cosas...

Mención Honorífica
Personajes Típicos
DE CARLOS GONZÁLEZ

Traigo recuerdos hermosos
de gente tradicionales
que en estilos naturales
han sido más que colosos.
Son recuerdos poderosos
que nos llena de placer
y que nos hacen querer
a personas populares
que han vivido en estos lares
tiempos remotos de ayer.

II

Y yo que en el tiempo corro
me detuve allá en mi aldea
y pensé en la sabia idea
pensando cuan sabio zorro.
Doña Tona allá en su chorro,
Pelayo con su piragua,
como el tigüero y la yagua
trae recuerdo a mis oídos.
Lucas con sus capuchinos
y un repartidor de agua.

III

Pirules con su latón
tocaba de maravilla
entonando una canción
dulce como nuestra piña.

Pasteles y empanadillas
dulces de todos sabores
al canto de ruseñores
iba Rate la Cotona
pregonando por la loma
cruzando aquellos verdores.

IV

Recuerdo aquel heladero
y el carrito de campanas
sábado por la mañana
iba por aquel sendero.
Recuerdo a Julio el dulcero
con su dona y su batea,
y para aquel que se crea
que el tiempo ha pasado aquí
recuerde al pobre Monchín
cubriendo su cara fea.

V

También recuerdo a Moroño
y a su María Pichoneta
pintada y con su polveta
e polvoreaba hasta el moño.
Baloy, Rey, a don Toño,
a Moncino el panadero,
a don Guillo el quincallero,
al "londry" y al negro Sanda,
Fonso el viandero y a Chanda
son recuerdos de un viajero.

Mención Honorífica
La Parguera
DE LILY ORTIZ NORIEGA

Es nuestra bella Parguera
Por su embrujo sin igual,
Una diosa marinera
Que ha emergido de la mar.

Le llaman también Princesa
Por su singular encanto,
Su colorido y belleza
Que son su corona y manto.

Tiene un brillar de estrellas
Que embruja a las multitudes,
Y son sus noches tan bellas,
Huérfanas de inquietudes.

Su mar sereno y silente
Perfilando va colores
De la bóveda celeste
Abrillantada por soles.

Sus islotes son remanso
A la furia de sus olas,
Por eso su mar es manso
Entre algas y caracoles.

Y tus casitas, Parguera
Que ornato son de tus mares,
Parecen enredaderas
Que emergen de los manglares.
Adquiere misterio y vida

El plácido murmullo
Cuando a las aguas la brisa
La acaricia con su arrullo.

Su lindo paisaje de belleza
Imparte en encanto marinero.
Cuando el sol sus aguas besa
Y canta a su oído "Te Quiero".

Espejean sus rayos candentes,
Adquiere brillo sin iguala
Su precioso mar silente
Al escuchar su cantar.

Y ese hechizo escondido
Del lago fosforescente,
Real o imaginativo
Que confunde a tanta gente.

Encantamiento de mar
Es esa fosforescencia,
Que del fondo hacen brotar
Las aguas con su cadencia.

Y son gala de sus mares
Como parte de su embrujo
Sus encantados canales
Que son de su playa un lujo.

Y es lumbrera de su playa
Cuando, oscila sobre el mar
La bella luna de plata
Que nos invita a soñar.

Plenilurio de belleza
Tiene tu playa Parguera
Tienes un Mar que embelesa
Por su placidez serena.

Hay rumor de Primavera
Que nos invita a cantar
Y todita tu rivera
Huele a piña, costa y mar.

Las base para el concurso fueron las siguientes:

1. El tema, formato y contenido será libre.
2. El cuento será de no más de cuatro cuartillas, tamaño 8 ½"X 11", a espacio doble escrito a maquinilla.
3. Los participantes podrán someter cuantas colaboraciones deseen. Solo se ofrecerá un premio por categoría
4. Cada participación será sometida en sobre aparte con un logo (tema) que lo identifique.
5. Se enviará un sobre aparte por cada colaboración qué tendrá en su exterior, el logo que lo identifique y en su interior el nombre del autor.
6. Ambos sobres serán entregados en un sobre manila 9"X12", cerrado.
7. La fecha límite para someter los trabajos será el lunes, 30 de mayo de, 1983 a las. 12:00 A.M.
8. Podrán participar personas desde 18 años en adelante (residentes y/o nacidos en Lajas; o lajeños no residentes.
9. Habrá tres premios para cada una de las categorías (primero, segundo y tercero) y certificados de reconocimiento para dos menciones honoríficas por cada categoría.
10. El Jurado rendirá su veredicto en la tercera semana de junio.
11. Los premios serán entregados en la Magna Fiesta Centenaria del 1 al 10 de julio.

